

Acción colectiva y movimientos sociales. Nuevos enfoques teóricos y metodológicos.

Carlos Jiménez Solares.

Cita:

Carlos Jiménez Solares (2007). *Acción colectiva y movimientos sociales. Nuevos enfoques teóricos y metodológicos. XXVI Congreso de la Asociación Latinoamericana de Sociología. Asociación Latinoamericana de Sociología, Guadalajara.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-066/1599>

ACCIÓN COLECTIVA Y MOVIMIENTOS SOCIALES. NUEVOS ENFOQUES TEÓRICOS Y METODOLÓGICOS

Dr. Carlos Jiménez Solares
Universidad Autónoma Chapingo
Departamento de Sociología Rural
E-mail: carlosjiso@yahoo.com.mx

Introducción

La vida colectiva de las sociedades actuales ha puesto en marcha un proceso de desmantelamiento de los lazos sociales y de las identidades tradicionales. Se desintegran frente a nuestros ojos las relaciones sociales estables que, aunque jerárquicas y opresivas, ofrecían un resguardo seguro. Los hombres en su mundo podían pensar en un futuro más o menos prometedor. Hoy, ante los inmensos cambios y su velocidad, lo familiar, en el sentido de un mundo con transformaciones que impactan lentamente, cambia de ritmo y nos vemos desguarnecidos ante un futuro incierto.

La disolución de las relaciones sociales e identidades tradicionales, liberan fuerzas que se ponen en movimiento. La vida societal en las sociedades actuales adquiere formas más fluidas y amorfas, cruzadas por fenómenos y fuerzas que chocan, se traban o coinciden. La vida societal adquiere nuevos rasgos.

Muchas acciones colectivas buscan la coordinación de voluntades y movilizan recursos para alcanzar objetivos previamente determinados en pos de una racionalidad estratégica, ensayan y ponen en acción nuevas formas de organización y aprenden a actuar sobre sí mismos para obtener efectos sobre su entorno, caminando hacia la autorreflexibilidad.

En los últimos tres decenios, surgen nuevos movimientos sociales, aunque algunos de ellos en realidad son viejos como el movimiento ecologista, el pacifista y el feminista. Lo radicalmente nuevo, es la situación de la humanidad en la segunda mitad del siglo XX. Enfrentamos una situación llena de discontinuidades en el proceso histórico de la vida societal.

Esta nueva e inquietante situación histórica es la que exige, por un lado, la renovación de las viejas fuerzas emancipadoras y la construcción de una confluencia con los nuevos movimientos y nuevas fuerzas emancipadoras y, por el otro, un gran esfuerzo por cambiar nuestros cuerpos teóricos que no alcanzan a dar cuenta de manera suficiente de la vida social contemporánea.

La historia de la modernidad, es una historia de acciones colectivas y movimientos sociales. Si bien han estado presentes en épocas anteriores, las cambiantes condiciones sociales de la modernidad les confieren una naturaleza diferente. Las acciones colectivas y los movimientos sociales son producto y productores de la modernidad. Pero no son sólo generadores de cambio social, sino también determinantes en el desarrollo de la teoría social.

Por ello, cuando los diferentes cuerpos teóricos se ven limitados y no pueden dar cuenta de manera plena de las nuevas acciones colectivas y los nuevos movimientos sociales, tampoco lo hacen respecto a la vida social en su conjunto.

La multiplicación de nuevas formas de acción colectiva ha expuesto dramáticamente las carencias de la teoría, haciendo necesario un balance y la búsqueda de nuevos instrumentos de análisis.

En la década de los años sesenta surgen, en los países desarrollados, dos escuelas que han jugado un papel importante por sus contribuciones a la búsqueda de nuevos instrumentos teórico - metodológicos y conceptuales respecto a la acción colectiva y los movimientos sociales. Dos escuelas que retoman y siguen corrientes de pensamiento teórico social anteriores a la década citada. Estas escuelas son la norteamericana centrando sus aportes en la noción de estrategia y la europea enfocada en la noción de identidad.

1. La perspectiva norteamericana

1.1. El interaccionismo

El enfoque del comportamiento colectivo desarrollado en EE.UU. en la Escuela de Chicago, en la década de los años veinte, dominó el estudio de la acción colectiva y los movimientos sociales hasta finales de los años sesenta.

Su interés básico constituyó el interaccionismo social (Collins, 1996). Dicha Escuela resaltó a las conductas o comportamientos colectivos como componentes de la vida social, es decir, como parte constituyente del funcionamiento de la sociedad y como factores del cambio dentro de ella. La acción colectiva está construida teóricamente como comportamiento que no está totalmente controlado por las normas ni por las tradiciones que definen el orden social. Por ello, son conceptualizadas como comportamiento desviado, anómico, fragmentado e irracional; son considerados como efectos de disfunciones del

sistema. Por tanto, las acciones colectivas tienden a la adaptación o vuelta al equilibrio del sistema evitando rompimientos en él. Es un enfoque que privilegia la motivación individual o situación del actor como determinante de ella.

Dentro de esta misma Escuela, Robert Park (Collins, 1996), asume al comportamiento colectivo como una realidad patológica que tiende a lo normal, como un elemento fundamental y cotidiano del funcionamiento de la sociedad y como un factor decisivo del cambio, cuando son comportamientos institucionalizados. La acción colectiva representa un fenómeno no plenamente controlado por las normas que rigen el orden social, al tender hacia el orden lo transforman creando nuevas normas.

Así, la identificación de estas conductas con la irracionalidad, cede progresivamente su puesto a un reconocimiento ligado a la integración y el conflicto, entre orden e innovación o cambio. La Escuela de Chicago centró su interés más que en los movimientos sociales, en otras formas de acción colectiva: los comportamientos cotidianos e institucionalizados.

Esta tradición llevó a cabo numerosas investigaciones sobre formas de acción colectivas, de diferentes episodios del comportamiento colectivo y sobre descripciones minuciosas de varias formas de acción, construyendo una abundantísima base empírica.

En la Escuela de Chicago no se encuentra una referencia a las relaciones de clase, asume a los actores como clave de explicación de las conductas colectivas y acomoda a los comportamientos ocasionales de las multitudes, los movimientos sociales y las revoluciones políticas. La acción tiene su origen siempre en el comportamiento individual como productor de tensiones que amenazan el equilibrio del sistema social. La tensión produce creencias generalizadas que movilizan a la acción y buscan restablecer el equilibrio perdido del sistema. En la acción colectiva no hay ninguna referencia a las relaciones de clase, ni al modo en el cual los recursos son producidos y apropiados. La acción es sólo una reacción a los mecanismos funcionales de un sistema.

El interaccionismo simbólico de Herber Blumer (Collins, 1996), se interesó por la creación de nuevas normas, los procesos de autorregulación, los procesos espontáneos de aprendizaje social e innovación en el comportamiento colectivo. La creatividad social desplegada en formas innovadoras de interacción simbólica podía llevar, según Blumer, a romper con las rutinas del comportamiento institucionalizado normal, nuevas formas emergerían con una propia dinámica impactando en los comportamientos colectivos. El

interaccionismo simbólico, se orienta a una investigación sociopsicológica de la conducta individual. Esta perspectiva alcanza una expresión mucho más amplia y desarrollada con la obra de Ralph Turner y Lewis Killian (Turner y Killian, 1957).

1.2. Funcionalismo

Talcott Parsons (Parsons, 1968) no trata de manera específica y sistemática a la acción colectiva y a los movimientos sociales. Sin embargo, su obra contiene elementos que se asocian con ellos. Para Parsons los comportamientos o conductas desviadas constituyen una disfunción en los procesos institucionales. Las conductas desviadas son aquellas que infringen las normas institucionalizadas y producen desequilibrios en los procesos de integración social. La desviación es el síntoma de una patología en la institucionalización de las normas; es decir, que las normas no han sido suficientemente interiorizadas o existen fallos en el proceso de interiorización.

Parsons explicó el surgimiento del movimiento social en función de tensiones originadas en el desarrollo desigual de los subsistemas de acción que constituyen un sistema social. En suma, las conductas colectivas siempre se derivan en Parsons de una situación de desequilibrio y de escasa funcionalidad en los procesos de integración del sistema social.

Desde una perspectiva macrosociológica, los grandes cambios y transformaciones sociales producto de la modernización y la racionalización ocurren a espaldas de los individuos, pero los afectan diferencialmente obligándolos a tomar posición y a una acción, constituyéndose ésta en el material de investigación sociológica.

Robert Merton (Merton, 1974), se interesó justamente por los procesos por los cuales un sistema social no logra realizar una plena integración de sus subsistemas, a la vez que se preguntó por qué las normas no son suficientemente interiorizadas. Su análisis de la anomia constituye el elemento clave que le permite la explicación de las fallas en los procesos de integración e interiorización.

Para Merton las acciones colectivas no son anómicas sólo en el sentido patológico. Merton distingue entre comportamiento desviado y comportamiento inconforme. El primero arremete y se enfrenta contra las normas a partir de las desventajas personales que éstas imponen, es un comportamiento aceptador de los fines y no rechaza los medios institucionales para alcanzarlos. El segundo, pretende cambiar y sustituir valores que

considera inadecuados. Pero a diferencia del primero, el comportamiento inconforme pone en duda los fines, en algunos casos acepta los medios y en otros también los cuestiona. Merton, a diferencia de Parsons, no cuestiona la legitimidad del comportamiento desviado y menos la del comportamiento inconforme.

Por tanto, Merton muestra que la acción colectiva no puede ser reducida a la disfunción sistémica. Es necesario y totalmente pertinente, distinguir entre los procesos colectivos que son producto de la disgregación del sistema y los procesos que tienden a una transformación de las bases del sistema.

Tanto la perspectiva interaccionista como la funcionalista tienen bastante en común como para poder considerarlas partes compatibles de un único enfoque común, el del comportamiento colectivo. Existe, entre las dos, una especie de división del trabajo que asigna las tareas microsociológicas al interaccionismo y las tareas macroscópicas al funcionalismo.

Neil J. Smelser (Smelser, 1989), discípulo de Parsons, en los años sesenta, propuso una teoría general y sistemática del comportamiento colectivo. Las creencias generalizadas son los elementos fundamentales a partir de las cuales debe analizarse, investigarse e interpretarse todo comportamiento colectivo. Están en la base de las condiciones del surgimiento de la acción colectiva, privilegiadas en su estudio por Smelser. Los factores originarios de los comportamientos radican en disturbios o disfunciones del sistema social: tensiones, permisividad del orden social, quiebra de los controles sociales, desfase entre integración normativa y estructura, etc.

La acción colectiva es una respuesta reactiva de comportamiento ante las crisis y transformaciones sociales, y no como decía Parsons, ante las normas y valores. Las acciones colectivas surgen para hacer frente a lo indefinido o no estructurado, es decir, ante las fallas en la integración del sistema. Acciones que éste procesa para canalizarlas hacia el restablecimiento del orden. En otras palabras, constituyen defensas y mecanismos de saneamiento de un sistema, lo cual permite su cambio. El mecanismo de integración hacia el orden son precisamente las creencias generalizadas. Smelser diferencia en su propuesta entre componentes y determinantes del comportamiento colectivo. Los primeros componentes son valores y normas, es decir, el conjunto o sistema de reglas que se traducen en comportamientos; otro componente es la organización o la movilización de las

motivaciones, esto es, la capacidad de motivar a los individuos para asumir comportamientos regulados por normas y valores; el último componente son los recursos o conjunto de medios que permiten u obstaculizan el logro de los objetivos o fines de la acción. A su vez, cada componente se integra de siete niveles. Las tensiones o disfunciones afectan a cada uno de los componentes y sus niveles, creando una situación de confusión e incertidumbre. Surge entonces la acción colectiva o comportamiento colectivo para reestructurar o normalizar a los componentes afectados por la tensión, eliminando el estado de confusión e incertidumbre del sistema.

En todo este proceso las creencias generalizadas actúan a partir de la tensión junto con las acciones colectivas; son éstas, de hecho, las dirigidas o canalizadoras de la acción para corregir la disfunción. Los componentes, en la teoría de Smelser, están asociadas a un tipo de creencia: histórica, vinculada a una fuerza oscura dotada de poder destructivo; creencia de satisfacción asociada, -al contrario de la primera- a fuerzas dotadas de poderes constructivos capaces de eliminar la amenaza y la incertidumbre; la creencia hostil vinculada a la agresión y la búsqueda de un chivo expiatorio; la creencia orientada a la norma, ligada a las posibilidades de modificar las normas; y finalmente, la creencia orientada a valores, vinculada a la posibilidad de cambio en aquellos vigentes.

Estas cinco creencias generalizadas se asocian, corresponden y están en la base de cinco tipos de acciones colectivas: a) pánico, b) los **boom**, las modas y los **crazes** o manías colectivas, c) tumultos y movimientos violentos de carácter agresivo, d) movimientos reformistas y e) movimientos revolucionarios.

Smelser indica también una serie de determinantes del comportamiento colectivo, que son en realidad condición necesaria aunque no suficiente para que se verifique un comportamiento colectivo. La primera es la propensión estructural, es decir, la existencia de recursos para que una acción pueda llevarse a cabo. La segunda es la tensión, es decir, la existencia de una disfunción o desequilibrio que afecte a algún componente de la acción. La tercera es la afirmación de una creencia generalizada en la existencia de amenazas y la posibilidad de combatirlas, lo que a su vez produce la cuarta determinante: la movilización de los individuos en contra de una quinta determinante: la existencia del control social.

La investigación y propuesta de Smelser, hace por primera vez explícita la intención de establecer un nivel analítico común para las varias formas de comportamiento colectivo. Su

propuesta queda como un instrumento descriptivo útil en la clasificación de diferentes conductas empíricas que sólo tienen en común lo colectivo.

Quizá la principal limitante de la propuesta sea la excesiva atribución de todos los fenómenos colectivos a una disfunción en los procesos de integración social, siguiendo a Parsons. La disfunción siempre está explicada por un origen externo al sistema. El desequilibrio, tensión o disfunción no puede originarse al interior del sistema. La acción colectiva y los movimientos en este marco conceptual son secundarios, una simple respuesta a la disfuncionalidad. No existe espacio para el conflicto al interior del sistema, puesto que ellos son instrumento para el restablecimiento del orden o funcionalidad o vuelta al equilibrio del sistema.

El modelo smelseriano no resultó adecuado para explicar la planificación temporal, el carácter cognoscitivo, la conducta o los objetivos de los actores en los movimientos sociales y otras formas de acción colectiva. Los movimientos de los años sesenta y sobre todo de los setenta no constituyeron simples respuestas a crisis económicas o colapsos sistémicos. Entrañaban objetivos concretos, valores e intereses generales claramente articulados y estrategias racionalmente calculadas. A todas luces era necesario un enfoque teórico para el análisis de la acción colectiva y los movimientos sociales.

Para muchos, los movimientos sociales se manifestaban como fenómenos racionales. Algunos de ellos perseguían sus fines con la máxima economía de medios, de acuerdo a una lógica instrumental perfecta. Causas, objetivos, movilización y acción daban la impresión de confluir en la racionalidad instrumental.

Estas nuevas expresiones se intentaron explicar con base -a pesar de las evidentes dificultades- al uso de las teorías existentes sobre la acción colectiva para formular modelos de “privación relativa” como por ejemplo, el de Ted Gurr (Gurr, 1970). Para este autor, los comportamientos colectivos se originan por una situación económica o social desventajosa que conduce a la violencia; es decir. la frustración produce agresión. Esta explicación resultó, ante el avance de los nuevos movimientos sociales, totalmente insuficiente¹.

¹Con la aparición de los movimientos sociales de los años sesenta este modelo explicativo entra en una profunda crisis. El desafío de los estudiantes antiautoritarios y los activistas de la nueva izquierda no cuadraban en absoluto con la imagen de comportamiento desviado, anómico, fragmentado e irracional o de frustración, que postulaban los esquemas del **collective behavior**.

1.3. Individualismo metodológico

Frente al funcionalismo, aproximadamente desde mediados de los años sesenta hasta la fecha, se ha desarrollado un enfoque basado en el individualismo metodológico con dos variantes en su seno: la elección racional y la movilización de recursos, compartiendo elementos en común (Thurow, 1988).

1.3.1. La elección racional

Para la elección racional ni los sentimientos individuales de privación, ni la preocupación por objetivos comunes explicarían las revoluciones, los movimientos sociales ni cualquier otra forma de acción colectiva, sino sólo la esperanza de conseguir beneficios privados motivan la participación de los individuos y grupos, tanto pequeños como grandes.

La elección racional se preocupa por la relación existente entre los intereses individuales y la acción colectiva, concentrándose y poniendo énfasis en las decisiones del individuo. La elección racional como teoría construye lo colectivo a partir de lo privado e individual. Los teóricos más representativos del enfoque de la elección racional son Mancur Olson (1992), T. Moe, Jon. Elster (1991) y Herbert Alexander Simon (1989).

Mancur Olson elaboró un influyente modelo de elección racional, en el cual los individuos no participan en acciones colectivas a menos que los beneficios esperados superen los costos de su acción. Este cálculo individual es justamente racionalidad presente en todos los colectivos y organizaciones de naturaleza económica.

El interés común de todos los miembros de un grupo consiste en obtener algún beneficio al emprender cualquier acción colectiva. Incluso esperar que con el simple hecho de pertenecer a un grupo, aunque no se participe en sus acciones, reporte algún beneficio (dilema del gorrón o **free-rider**). Sí el beneficio por obtener resulta tan importante, entonces la generación de una acción colectiva en un grupo requiere forzosamente de la existencia de gratificaciones y sanciones para motivar a los que deciden participar y sancionar a aquéllos que se abstienen de ello, evitando la existencia de “gorrones”.

Los hombres en la propuesta de Olson, son individuos egoístas, maximizadores de sus beneficios e intereses privados, que calculan meticulosamente costos y ganancias antes de iniciar cualquier acción colectiva o participar en ella.

Los actores al decidir intervenir en una acción colectiva esperan recibir beneficios que superen en mucho los costos de su participación. La acción colectiva en Olson se reduce a la expectativa de los individuos para obtener un provecho de carácter personal.

Con todo lo anterior, la noción de racionalidad en Olson está atrapada y se limita a la posibilidad siempre presente de obtener gratificaciones extraordinarias. Este enfoque presenta a los actores sociales como máquinas calculadoras² se les extrae la posibilidad de que la pasión o los sentimientos rompan y dejen atrás al cálculo racional. Paradójicamente, los sentimientos y pasiones aparecen como racionales.

Entre costos y beneficios, los individuos no pueden participar en acciones colectivas en pos de ideales o valores que no reporten ningún beneficio, no se puede ser heroico, altruista ni utópico.

El modelo de elección racional resulta eficaz para explicar por qué la mayoría de la gente no participa en grupos que representan sus intereses, pero tropieza en la explicación básica de por qué una pequeña minoría sí lo hace. El modelo da cuenta de la participación en función de una definición estrecha de racionalidad, centrada en recompensas económicas u otros incentivos selectivos. La noción de altruismo, utopía o ganancia social colectiva no puede admitirse en el modelo, porque entonces se perdería elegancia metodológica del cálculo racional.

El problema del gorrón, del individuo egoístamente racional que, salvo coerción o incentivos selectivos, no contribuye a la acción colectiva ni siquiera porque sus intereses individuales coinciden con los del grupo (porque prefiere intentar cosechar los beneficios de los esfuerzos de los demás sin aplicarse él mismo a la tarea), no tiene solución en el esquema olsoniano.

Para Olson la acción colectiva, sin incentivos selectivos ni coerción, es o imposible o irracional. Este modelo económico de la cooperación resulta intrínsecamente incapaz de explicar el origen y el funcionamiento de las solidaridades de grupo más allá de la relación costo - beneficio. El individualismo metodológico de Olson ignora el hecho de que los movimientos sociales y otras formas de acción colectiva, en una gran cantidad de casos, se forman a partir de organizaciones y/o acciones colectivas ya existentes.

² Dentro de este enfoque, ha recibido una gran acogida y a partir de él un impulso notable la teoría de juegos. La acción colectiva entonces es un juego y un motivo de apuesta.

El modelo de Olson choca y es incompatible con una gran cantidad de movimientos sociales cuyos fines tienen una relación estrecha con la obtención de bienes colectivos u objetivos de carácter universalista y no metas atribuibles a un interés de clase, grupo o meramente individuales. Este tipo de acciones colectivas contradice la lógica del interés propio, los intereses ideológicos y utópicos sin beneficio a corto, mediano plazo e incluso sin beneficio alguno; pesan mucho más que el simple y egoísta interés particular e individual.

De la misma manera, la participación en una acción colectiva, por lo regular, representa más costos que beneficios o beneficios poco probables quedando sólo los costos y, a pesar de eso, los individuos no coartan su participación e incluso la incrementan.

1.3.2. La movilización de recursos

Como una respuesta al escaso poder explicativo de las teorías del comportamiento colectivo de la privación relativa y la elección racional, los teóricos norteamericanos de la acción colectiva y los movimientos sociales exploran un camino distinto de interpretación: la movilización de recursos.

Los teóricos más representativos de este enfoque son: John Mc Carthy y Zald Mayer (1977), J. Craig Jenkins (1983), Anthony Obershall (1987) y Charles Tilly (1978). La movilización de recursos es una teoría que parte del análisis de las organizaciones, no de los individuos. No se pregunta cuáles son los motivos que impulsan a los individuos a sumarse o participar en una acción colectiva, tampoco se pregunta si los comportamientos de estos individuos son racionales, irracionales o desviados como en las anteriores propuestas. El enfoque penetra en la acción colectiva a partir del análisis de la eficacia con que las organizaciones de las distintas acciones colectivas y movimientos sociales emplean los recursos de que disponen para alcanzar sus objetivos. Las acciones colectivas y los movimientos sociales son, por tanto, organizaciones; la organización constituye un elemento necesario para este enfoque, éstas se mueven en un contexto de un mercado donde los recursos son limitados y siempre en disputa. Así, la movilización es el proceso donde los grupos organizados se apropian de recursos, los controlan y canalizan para lograr y alcanzar cambios sociales.

Se da por un hecho que en todas las sociedades existe la insatisfacción individual y los conflictos sociales; la acción colectiva no depende, entonces, de la existencia del conflicto en la vida societal, sino de la forma en que los individuos se organizan, o dicho en otras palabras, de la creación de organizaciones para movilizar el conflicto. En una perspectiva como esta, el grupo de individuos o individuo que toma la iniciativa para organizar, crear la dirección y movilizar a la organización resulta fundamental.

Una vez que se ha formado cierta organización en una acción colectiva, aparecen nuevos aspectos a investigar, por ejemplo el tipo de estructura usada para maximizar la eficiencia de los objetivos, la activación de afiliados, la planificación organizativa como tácticas en las formas de acción, captación de nuevos miembros. En otras palabras, el modelo de movilización de recursos proporciona una teoría integrada de cómo se forman las organizaciones, cómo se moviliza el apoyo público, cómo se desarrolla el comportamiento de las organizaciones y se decide la táctica política.

De acuerdo con este enfoque la estrategia utilizada por sus integrantes a partir de un cálculo en el uso de los recursos es la clave de la movilización. La acción colectiva es un proceso de interacción de grupos para la creación, acceso, consumo, intercambio, transferencia o distribución de recursos. El conflicto no es otra cosa que la lucha por el control de los recursos escasos en el seno de la sociedad.

Al identificar organización con acción colectiva, el enfoque de la movilización de recursos clasifica a la acción colectiva y los movimientos sociales con base en la complejidad de sus organizaciones constitutivas: organización social, movimiento social, organización de movimientos sociales, industria de los movimientos sociales y sector de movimientos sociales.

Existen tres enfoques, considerados en muchas ocasiones como subenfoques de la movilización de recursos. El primero, es la denominada Escuela Particularista de la acción colectiva de Charles Tilly (Tilly, 1978). Se centra en las motivaciones individuales que llevan a los individuos a participar en una acción colectiva o en un movimiento social, en un enfoque que ha realizado meticulosos estudios de caso. Tilly pone énfasis en la persecución de intereses comunes y la efectividad de la toma de decisiones tácticas en las distintas acciones colectivas. A Tilly le interesa demostrar cómo las organizaciones antes

de movilizarse por la lucha de los recursos disponibles se agrupan con base a intereses compartidos y de ello depende el tipo de movilización adoptada.

El segundo es el llamado enfoque de redes de Max Kaase (1992) y Aldon Morris (1984), que concibe a la acción colectiva y los movimientos sociales como manifestaciones de redes socioespaciales latentes, cuyo elemento aglutinador son sobre todo comunidades de valores. Para el enfoque de redes, la sociedad industrial ha formado comunidades de valores fuertemente consolidadas con una interacción muy cercana de sus integrantes. Estas comunidades formadas subsisten durante largos periodos en forma latente, relacionándose entre sí. En una coyuntura favorable pueden activarse desarrollando su potencial de vinculación formando fuertes y complejas redes societales. Así, la existencia de las redes socioespaciales constituye el requisito básico para la existencia de movimientos sociales, es decir, una acción colectiva comunitaria basada en valores es explicación y condición necesaria para el surgimiento del movimiento social (Klandermans, 1989).

Por último, el enfoque cognitivo desarrollado por Ron Eyerman y Andrew Jamison (Eyerman y Jamison, 1991). Para estos autores, la acción colectiva es una forma de actividad mediante la cual los individuos crean varios tipos de identidades sociales, como procesos de praxis cognitiva. La acción colectiva está concebida como espacios públicos temporales, como momentos de creación colectiva que proveen a la vida societal de ideas, identidades e ideales. Los movimientos sociales constituyen procesos de aprendizaje social en el cual las organizaciones del movimiento actúan como fuerzas estructuradas. Abren un espacio donde interactúan creativamente los individuos, espacio que se amplía y socializa, transformándose en público en la articulación de intereses que puede llegar a afectar a la totalidad de la sociedad. Los movimientos sociales son productores de conocimiento social: median en la transformación del conocimiento cotidiano en conocimiento científico.

Si bien Oberschall (1987) insiste en que las organizaciones se basan en núcleos o grupalidades previamente existentes e insiste en la relación de los actores, solidaridades grupales y redes de interacción social con el Estado; o Thurow explora la apertura o cerrazón de los sistemas políticos, en la presencia o ausencia de aliados o grupos de apoyo, el papel de las élites y la capacidad del Estado para procesar las demandas de la acción colectiva, algunas insuficiencias parecen evidentes.

Las aportaciones de la teoría de la movilización de recursos, consisten en reconocer el conflicto como parte de lo cotidiano de la vida societal y no, como era dominante, a partir de un concepto de patología; resaltar que las acciones colectivas se explican y fundamentan en su origen por la existencia de grupalidades previas; así como en la constitución de redes solidarias entre ellas. Sus limitaciones consisten: primero, en identificar a la acción colectiva con organización. Si bien la mayoría de las acciones muestran formas visibles de organización, quedan fuera todas aquellas expresiones de acción colectiva que no muestran señales visibles de organización. En segundo lugar, al considerar a la acción colectiva como una lucha por la apropiación de los recursos y la racionalidad estratégico - instrumental, presupone el modelo olsoniano. En tercer lugar, al presuponer que en la lucha por la apropiación de los recursos para la movilización el acceso a ellos es igualitario, deja de lado la existencia de la dominación política.

La perspectiva organizacional del enfoque de movilización de recursos al identificar acción colectiva y movimientos con organizaciones, no sólo deja de lado y sin explicación a las expresiones que no la presentan. Olvida que un movimiento o una acción colectiva son siempre más que las organizaciones que engloban, tendiendo a minusvalorar la oposición al sistema vigente, a lo alternativo, al papel que juegan las tendencias históricas, los desarrollos culturales, las ideologías, las filosofías políticas y las utopías. En síntesis es un enfoque que pese a sus aportes aparece como una teoría explicativa de la acción colectiva como fenómenos apolíticos.

2 La perspectiva europea

Las teorías europeas de los movimientos sociales se conocen bajo el nombre de teorías de la identidad, aunque entre sus teóricos existen notables diferencias de perspectiva. En comparación con la escuela estadounidense de la movilización de recursos, acentúan más los factores del ideario y el proyecto histórico de los movimientos sociales como sujetos. Afirman que la aparición de los nuevos movimientos tiene que ver con la transformaciones fundamentales de la vida societal contemporánea. Subrayan que las líneas del conflicto social actual son diferentes a las existentes en la sociedad industrial clásica; el término nuevos movimientos sociales apunta a una distinción clara entre estos movimientos y los viejos e institucionalizados movimientos de la clase obrera.

2.1. El accionalismo

Para el accionalismo, representado por Francesco Alberoni (1970 y 1984), Alain Touraine (1984) y Alberto Melucci (1986), la sociedad es producto de su trabajo y de sus relaciones sociales. La sociedad no puede explicarse apelando a lo no social, a lo metasocial: la providencia, la ley, la evolución o las necesidades naturales. Hablar de lo social es hablar del funcionamiento de la sociedad, no sobre su naturaleza. Es decir, de sus orientaciones, su poder, sus mecanismos de decisión, sus formas de organización y de cambio.

La sociedad descansa en la acción social, que es por definición colectiva, es por entero producto de sus relaciones sociales. La sociedad es un sistema capaz de transformarse y reproducirse. Cuanto más compleja es la sociedad, se manifiesta en formas menos mecánicas, aparecen más zonas de incertidumbre y la innovación, la disidencia y la imaginación cobran renovados impulsos.

El accionalismo considera que el objeto propio de la sociología no es el estudio de la estructura social, es decir, de sus instituciones u organizaciones, sino de la acción social. El accionalismo recupera la importancia que la estructura tiene como motor del conflicto y de las distintas formas de acciones colectivas.

Para este enfoque la sociedad es un sistema de relaciones sociales y su funcionamiento es resultado de su acción, no reducida a mecanismos de control, integradores y represivos (dominación impuesta como en el marxismo) o a mecanismos de aprendizaje y reforzamiento de formas de conducta y de organización (consenso de valores como en el estructural- funcionalismo).

La sociedad es reproducción y adaptación, creación y producción de sí misma. La sociedad no es lo que es, sino lo que se hace ser. El accionalismo, enfatiza las relaciones sociales conflictivas y la construcción de nuevas identidades como medio para crear espacios para el surgimiento de conductas colectivas autónomas. Asimismo, resalta las dimensiones culturales y sociales de las prácticas, al reinterpretar las normas y valores existentes y generar otros nuevos.

Lo anterior es así, porque la sociedad humana tiene la capacidad de creación simbólica, como un sistema de orientación de las prácticas que se interpone entre situación y

conductas sociales. La capacidad de la sociedad para actuar sobre sí misma es llamada, por el accionalismo, historicidad.

Las acciones colectivas se explican a partir de la posibilidad de los distintos sujetos de luchar por el control de la cultura, creando su propia historicidad. Las nociones fundamentales de un primer nivel de análisis de la acción colectiva y de los movimientos sociales son la historicidad, es decir, la reproducción de la sociedad por ella misma; el sistema de acción histórica, es decir, el conjunto de orientaciones sociales y culturales mediante las cuales la historicidad ejerce su influencia sobre el funcionamiento de la sociedad, y las relaciones de clase, es decir, las luchas por el control de la historicidad y del sistema de acción histórica.

Un segundo nivel de análisis, consiste en explorar los elementos vinculados con el sistema institucional o sistema político y el conjunto de las organizaciones sociales. El primer y segundo nivel conforman el análisis de sistema y de la estructura social.

El tercer nivel de análisis, está formado por los movimientos sociales o conductas situadas al nivel del campo de la historicidad, es decir, el conflicto al seno del sistema de acción histórica y las relaciones de clase; y, formado también, por el cambio social o paso de un campo de historicidad a otro y, por tanto, cambios en el sistema de acción histórica, en las relaciones de clase, en el sistema político y en la organización social. Este tercer nivel conforma el análisis de los sujetos y sus acciones. Aparece, entonces, la pretensión del accionalismo por conjuntar el análisis de la estructura y la acción en sus complejas relaciones a partir de los tres niveles indicados.

Estructura y acción no se pueden divorciar, puesto que ambos constituyen las relaciones sociales. Si la sociedad está compuesta de relaciones sociales la acción colectiva debe ser, por tanto, concebida como una relación social.

Los principios básicos de la acción colectiva son tres. El primero, es la identidad que es la capacidad de los sujetos de reconocerse y ser reconocidos como parte de la sociedad, lo que implica construcción de identidades en sí, para sí o para el otro. El segundo es la oposición pensada como elemento que hace surgir al adversario y permite a la acción colectiva poner en marcha su capacidad para reconocerlo (el Estado u otro grupo social, por ejemplo) y, a la vez, reconocer posibles aliados. Finalmente, un tercero: la totalidad que implica la construcción de un proyecto que puede o no romper con la historicidad vigente, es la

posibilidad de apropiarse de la construcción de una nueva vida societal o reforzar la existente.

En este marco conceptual, los nuevos movimientos sociales son definidos como redes de formación de identidades, generadoras de espacios públicos de gestión, de representación y de reconocimiento como movimientos autoconstruidos. Las redes o áreas de movimientos están construidas por individuos y pequeños grupos articulados entre sí compartiendo culturas e identidades. Se basan en relaciones informales, en las que el involucramiento personal y la solidaridad afectiva, son decisivos. Operan inmersos en la problemática de la cotidianidad y no tanto en el terreno político, aunque no lo excluyen. Pasan por etapas de latencia o invisibilidad, en las que su existencia no es advertida por la sociedad, a diferencia de aquellas otras acciones colectivas que se manifiestan por su aparición en el espacio público.

Los aportes del accionalismo son tres. Primero, establecer los diferentes niveles en que se ubican las acciones colectivas y precisar que el movimiento social resulta de alguna forma de comportamiento colectivo, pero que no toda acción colectiva es un movimiento social. Segundo, acentuar el carácter plural y heterogéneo de los movimientos sociales actuales. Tercero, intentar fusionar el análisis estructural con la acción social.

Quizá la limitante más importante de esta teoría, ante la influencia del marxismo estructural, sea que la noción de movimiento social no es separable de la clase social, tendiendo así a identificar movimiento social con clase social.

3. Una propuesta de síntesis

Ambos enfoques, no son excluyentes sino más bien complementarios; o, al menos, contienen elementos susceptibles de ser re combinados en una síntesis más poderosa y general.

La escuela de la movilización de recursos proporciona a cualquier teoría de la acción colectiva y de los movimientos sociales herramientas útiles para analizar el aspecto organizacional de la acción y los movimientos, y muy en particular los problemas de la movilización. El enfoque particularista, como el de Tilly, que insiste en la importancia de los contextos históricos particulares en que se desarrollan las acciones colectivas y los movimientos sociales han generado vastísimos estudios empíricos guiados por un enfoque

de redes arrojando interesantes ilustraciones y resultados sobre la constitución y funcionamiento interno de las acciones colectivas y los movimientos sociales.

Tanto el enfoque de movilización de recursos como las teorías europeas suponen que los movimientos sociales implican protesta y conflictos entre grupos organizados con asociaciones autónomas y formas complejas de comunicación. Ambos paradigmas arguyen que la acción colectiva conflictual es normal en la vida societal y que los participantes en ella, por lo general, son miembros de organizaciones racionales y bien integradas. La acción colectiva presupone formas de asociación específicas en el contexto de una sociedad civil.

Ambos enfoques distinguen entre dos niveles de acción colectiva: la dimensión manifiesta de las movilizaciones a gran escala (huelgas, concentraciones, manifestaciones, etc.) y el nivel menos visible, latente de las formas de asociación y comunicación entre grupos que dan cuenta de la vida cotidiana y la continuidad de la participación.

Es obvio que la insistencia de ambos enfoques en la organización previa de los actores sociales y en la racionalidad de la propuesta colectiva desafía a las teorías clásicas de la acción colectiva y los movimientos sociales basadas en el enfoque del comportamiento colectivo (Cohen, 1988).

Los dos enfoques, el norteamericano y el europeo, no son contradictorios, sino que ponen énfasis en asuntos distintos. Mientras que los norteamericanos subrayan la instrumentalidad de la acción social (cómo los movimientos emplean los recursos de que disponen para alcanzar sus fines), los europeos se concentran más bien en los procesos de comunicación y formación de identidades (cómo los movimientos generan nuevas identidades y proyectos históricos para la sociedad).

En el estado actual de la investigación y los cuerpos teóricos sobre la acción colectiva y los movimientos sociales, es importantísimo contar con un marco teórico, o varios, que combinen los enfoques señalados. Se podría decir que los enfoques descritos se necesitan mutuamente. El enfoque europeo queda cojo sin el estadounidense y viceversa. Mientras que una síntesis adecuada puede contener un notable poder heurístico e interpretativo.

4. Un ejemplo de síntesis: los nuevos movimientos sociales

De las varias propuestas trabajadas en pos de una síntesis entre lo estructural y la acción y entre el individualismo y el colectivismo³ rescataremos, en apretado resumen la que nos ofrecen Jorge Riechmann y Francisco Fernández Buey (1994) a partir de la reflexión de tres nuevos movimientos: ecologismo, feminismo y pacifismo. Se señalan ocho elementos que son en realidad lo común de los movimientos indicados con respecto a otros movimientos sociales y formas de acción colectiva.

1. Se trata de movimientos por la supervivencia y la emancipación, la aspiración de los individuos y las comunidades por recuperar su soberanía existencial y el poder de autodeterminar su vida.
2. Tipológicamente, los nuevos movimientos sociales se hallan en algún punto intermedio entre los movimientos con orientación de poder y los movimientos con orientación cultural. Se trata de estrategias de autorregulación colectiva que tienden a devolver poder a la sociedad civil en lugar de concentrarlo en el Estado.
3. Comparten una orientación antimodernista, no aceptan la concepción lineal de la historia, la creencia en el progreso entendido como desarrollo material y moral interminable, ni la fe en la capacidad del ser humano para moldear y recrear indefinidamente las condiciones de su propia existencia por medio de la ciencia y la tecnología, creencias éstas que caracterizan a una parte de la modernidad occidental.

³Remitimos al lector, por ejemplo, al trabajo de Marco Estrada Saavedra (1997). Para el autor, muchas teorías de los actores colectivos y los movimientos sociales resultan basarse en estrechos fundamentos, pero una propuesta novedosa sería girar hacia una teoría mucho más ambiciosa, amplia y compleja como la de Jürgen Habermas. Desde esta plataforma teórica, la acción colectiva, como una compleja construcción social, puede ser entendida en sus múltiples facetas. Por ello para reconstruir la teoría de la acción colectiva hay que conjugar teorías tanto de corte intersubjetivo fenomenológico como sistémico-objetivista. Otra propuesta integradora es la de Gerardo L. Munck (1995). Para él, las contribuciones de autores estadounidenses y europeos han iluminado nuestra comprensión de los problemas de la formación de actores y la coordinación social, pero no se han ocupado mucho de la estrategia política. Nos propone, que una teoría abarcadora debe considerar tres bloques fundacionales que giran en torno de los distintos desafíos analíticos que suscitan los problemas de la formación de actores, la coordinación social y la estrategia política. Rafael Guido y Otto Fernández (1989), también exploran la posibilidad de una síntesis al considerar que el estudio de la acción colectiva y los movimientos sociales se ha desarrollado de manera unilateral y ahistórica, dificultando el reconocimiento de la nueva subjetividad política cuya constitución se encuentra en nuestras sociedades modernas en un primerísimo lugar. Por ello, al enfatizar y priorizar criterios estructurales o normativos, se constriñe la naturaleza e importancia de las subjetividades. Finalmente, también remitimos al lector, al trabajo de Emma León y Hugo Zemelman (1997), en el que se exponen una serie de reflexiones sobre la constitución de sujetos sociales para abrir una brecha en la todavía hegemónica visión estructural. Se exploran una serie de campos que van desde la propia hermenéutica hasta la constelación formada por la experiencia, la microfísica de la comunicación, las utopías, las memorias, las identidades, representaciones y el espacio social íntimo.

4. Composición social heterogénea. En los nuevos movimientos sociales ya no predomina nítidamente un grupo social o una clase social.

5. Los objetivos y estrategias de acción son muy diferenciadas. La ambición de combinar varios intereses en una sola fuerza sociopolítica, preservando al mismo tiempo la autonomía de los distintos movimientos, parece ser una característica definitoria de los nuevos movimientos sociales.

6. Estructura organizativa descentralizada y antijerárquica, en forma de red o conexión de redes o red de redes, con un nivel bajo de institucionalización y profesionalización; con una desconfianza marcada tanto en la burocracia como en los líderes carismáticos.

7. Politización de la vida cotidiana y del ámbito privado, con el intento de desarrollar formas alternativas de convivencia, producción y consumo, transformando en el proceso a los hombres y mujeres concretos que componen la sociedad. El eje de la transformación propuesta se halla en la esfera cultural, a la que deberían subordinarse la economía (creando una economía alternativa) y la política (creando una nueva forma de hacer política). Es una lucha por el control del desarrollo económico y, también, por la reapropiación del tiempo, del espacio y de la vida cotidiana.

8. Métodos de acción colectiva no convencionales, como la desobediencia civil, la resistencia pasiva, la acción directa con fuertes elementos expresivos, esclarecimiento popular, manifestaciones de masas con un notable componente lúdico, etc. Todo lo cual conforma una nueva cultura de la acción política.

La conciencia de los límites civilizatorios del capitalismo⁴ constituye el denominador cultural común de los nuevos movimientos sociales. Su movilización está motivada más por valores que por intereses, sus objetivos son más universalistas (obtención de bienes colectivos) que particularistas (apropiación de bienes privados). Los más preeminentes de dichos valores son la autonomía y la identidad, con sus correlatos organizativos tales como la descentralización, el autogobierno y la democracia radical o de base, en oposición a la manipulación, la jerarquía, el control, la dependencia, la burocratización y el centralismo.

La mundialización creciente de la economía, la política y la cultura y el desarrollo a que tal mundialización somete a las masas de población, siempre en aumento, hace surgir, como reacción, particularismos y regionalismos. Esta vida societal moderna, con sus tendencias y

⁴Tendencias autodestructivas del industrialismo que se muestran cada vez más poderosas e incontrolables.

contratendencias explica las nuevas características de las acciones colectivas y los movimientos sociales.

Conclusión

La acción colectiva y los movimientos sociales son el punto central tanto de la producción teórica de las ciencias sociales como de la generación, reproducción y cambio de proyectos sociales. El intento de revisión y formulación de alternativas analíticas se ha propuesto revelar el cómo está reflejada en el trabajo conceptual una realidad compleja como la actual. De lo que se trata, sin negar los aportes generados en el transcurso del pensamiento social, es trascender las concepciones hegemónicas y cerradas que otorgan supremacía a ciertos criterios de elaboración de análisis, como el estructural.

De lo que se trata, además, es de dar cuenta de las tendencias homogeneizadoras y actualmente globalizadoras del ámbito económico, del político y del cultural. De abordar el desafío de la heterogeneidad que la vida societal se aferra a crear, para captar lo específico en la historia y no solamente la situación meramente objetiva.

Necesitamos, en esto que como vimos se ha avanzado, alternativas de construcción teórica que puedan ayudar a ubicarnos en el momento histórico de nuestras sociedades y colectividades.

Las búsquedas de síntesis multidimensional, rompen con los dogmatismos y luchan con las resistencias intelectuales; aciertan al ubicar y señalar a la acción colectiva y los movimientos sociales en su íntima relación con el sistema político, en un contexto de profundos cambios.

LITERATURA CITADA

1. ALBERONI, FRANCESCO. 1984. *Movimiento e institución*. Ed. Nacional, Madrid.
2. ALBERTONI, FRANCESCO. 1970. *Cuestiones de sociología*. Herder, Barcelona.
3. COHEN, JEAN. 1988. *Teoría de los movimientos sociales*. FLACSO, San José, Costa Rica.
4. COLLINS, RANDALL. 1996. *Cuatro tradiciones sociológicas*. UAM-Iztapalapa, México.
5. ELSTER, J. 1991. *Juicios salomónicos*. Gedisa Ed, Barcelona.
6. EYERMAN, RON y ANDREW JAMISON. 1991. *Social movements: a cognitive approach*. Polity Press, Cambridge.
7. GUIDO, RAFAEL y OTTO FERNÁNDEZ. 1989. "El juicio al sujeto: un análisis de los movimientos sociales en América Latina". En:

- Revista Mexicana de Sociología*. Núm. 4, oct-dic, IIS-UNAM, México.
8. GURR, TED 1970. *Why men rebel*. Princeton University Press, Princeton.
 9. JENKINS, J. CRAIG. 1986. "Resource mobilization Theory and study of social movements". En: *Annual Review of Sociology*, vol. 9.
 10. KAASE, MAX. 1982. "Partizipatorische revolution-ender parteien". En *Bürgerund parteien*, comp. Joachim Raschke. Westdeutscher Verlag, Opladen.
 11. KLANDERMANS, BERT y SIDNEY TARROW (comps). 1989. *New social movements in USA and europe*. Cornell University Press, Ithaca, Nueva York.
 12. LEÓN, EMMA y H. ZEMELMAN. 1997. *Subjetividad: umbrales del pensamiento social*. Anthropos Ed. CRIM-UNAM, México.
 13. MC CARTHY, JOHN y Z. MAYER. 1977. "Resource mobilization and social movements: a partial theory". En: *American Journal of Sociology*. Núm. 82.
 14. MELLUCCI, ALBERTO. 1986. "Las teorías de los movimientos sociales". En: *Estudios Políticos*. Núm. 41, oct-mar, 1985-1986, México.
 15. MERTON, ROBERT K. 1974. *Teoría y estructuras sociales*. FCE, México.
 16. MUNCK, GERARDO. 1995. "Algunos problemas conceptuales en el estudio de los movimientos sociales" En: *Revista Mexicana de Sociología*. Núm. 3, jul-sep, IIS-UNAM, México.
 17. MORRIS, ALDON. 1984. *The origins of the civil rights movement*. Free Press, Nueva York.
 18. OBERSHALL, ANTHONY. 1987. "Teoría sobre el conflicto". En: *Una antología para el estudio de los movimientos sociales*, Ma. Luisa Salles y Tarrés, Comp., COMECOSO-Universidad de Guadalajara, México.
 19. OLSON, MANCUR. 1992. *La lógica de la acción colectiva. Bienes públicos y la teoría de grupos*. Limusa-Noriega Ed., México.
 20. PARSONS, TALCOTT. 1968. *La estructura de la acción social*. Ed. Guadarrama, Madrid.
 21. RIECHMANN, JORGE y F. FERNÁNDEZ B. 1994. *Redes que dan libertad. Introducción a los nuevos movimientos sociales*. Ed. Paidós, Barcelona.
 22. SAAVEDRA, M. 1995. *Participación política y actores colectivos*. UIA-PlazaValdés Ed., México.
 23. SIMON, HERBERT A. 1989. *Naturaleza y límites de la razón humana*. FCE, México.
 24. SMELSER, NEIL. 1989. *Teoría del comportamiento colectivo*. FCE, México.
 25. THURLOW, LESTER C. 1998. *Corrientes peligrosas: El estado de la ciencia económica*. FCE, México.
 26. TILLY, CHARLES. 1978. *From mobilization to revolution*. Nueva York, Random House.
 27. TOURAINE, A. 1984. *El retorno del actor*. Ed. Sudamérica, Buenos Aires.
 28. TURNER, RALPH y L. KILLIAN. 1957. *Collective Behaviour*. Prentice-Hall, Englewood Cliffs.